

para él placeres inefables lo que otros habrían considerado sacrificios; amante de sus amigos, los colmó, cuando no de servicios importantes, de amabilidad sincera y cordial.

Pudiera alguno creer al oír su conversación amena, salpicada siempre de alegres y oportunos chascarrillos que el doctor Barros hubiera sido un hombre superficial o ligero; pero quien lo hubiera estudiado atentamente y leído sus escritos ora jurídicos, ora literarios o políticos, al punto echaría de ver que en aquel espíritu alegre y en aquel decidior regocijado había un fondo de seriedad y de estudio a que no todos alcanzan, ni aun aquellos que jamás sonrien por creer indignos de pensadores y de sabios, lo que no es sino brote de bondad y de alegría por la vida.

Su muerte ha conmovido hondamente a la sociedad bogotana y a las ciudades de la Costa.

No deja tras sí sino recuerdos gratos en sus numerosos amigos y abundantes lágrimas en su hogar.

Descanse en paz el alma del amigo noblè, del luchador tenaz, del hombre de corazón, en el seno de Dios, en quien creyó y esperó firmemente durante su vida.

DISCURSO

ANTE EL CADAVER DEL DOCTOR LUIS JOSE BARROS

Señores:

Me atraen a esta tribuna el sentimiento de la justicia y el de la amistad, a los cuales he querido rendir culto fervoroso y constante en todas las ocasiones de mi vida, aunque para ello tenga, como en esta ocasión, que superar dificultades y exponerme a que mi individualidad se pierda ante la majestad del acto que aquí nos congrega en derredor de este féretro.

Como convocados por el grito de una sola conciencia hemos ocurrido a este sagrado lugar a acompañar a este cuerpo, camino de su última morada.

Ninguna unión tan íntima, ni fraternidad tan pura, como la fraternal unión con que el dolor enlaza nuestras almas en estos momentos; hasta el punto de que pudiéramos decir que la Costa herida en su corazón reúne en uno solo todos los elementos de su sér moral para así hacer acto de solemne duelo en esta desgracia general.

Señores: cuando en medio de esta mar de pasiones agitadas que batien sin cesar el fondo de las sociedades, observo acontecimientos como este, en que cada hombre pone a un lado el fardo de sus odios o de sus decepciones, para venir mudos y contritos a reanimar la llama del cariño público ante el cadáver de otro hombre que fue, siento que todos los estímulos del bién se despiertan en mi alma y me dicen: «esto es lo único que flota para el bién de los que quedan, en el naufragio de la muerte. La materia ha perdido su forma, ha cambiado de estado y aun ha desaparecido a nuestra vista; el alma y la virtud de que estaba vestido sobreviven; estela que va dejando la nave que ya traspuso el horizonte; derrotero que seguirá la nueva tripulación que va detrás.»

Al extinguirse la vida de Luis José Barros el hogar fundado por él ha naufragado, y en la playa desolada de la desgracia han quedado como restos abandonados la virtuosa matrona que hacía con él el viaje de la vida y sus queridos hijos. La Costa también se ha conmovido y la onda se ensanchará hasta abarcar no sólo el Departamento del Magdalena sino todos los de la nación. Porque el doctor Barros fue no sólo hijo de un Departamento, sino de toda la República. Hombre de corazón bondadoso y levantado al mismo tiem-

po, amaba al humilde y le servía así como tenía predilección por lo moralmente grande.

En la obra fecunda de la educación de la juventud, en que cada obrero tiene labor distinta, necesaria e importante, el doctor Barros puso muchas piedras para el pedestal de su memoria. Su casa ha sido siempre la casa de los estudiantes; al acercarse a ella se sentía algo así como aroma de esperanza.

Reemplazar a un padre ausente en la dirección de los hijos, es subsanar el mayor de los obstáculos para la educación de los jóvenes que tienen que buscar el colegio abandonando la familia. A esta misión dedicó el doctor Barros la mayor parte de su vida, en la prestación de sus servicios, ora como acudiente, ora como amigo a gran parte de los jóvenes educados en la capital en estos últimos tiempos.

Descansa tranquilo en brazos de Dios, fiel amigo. Te has dormido envuelto en el blanco cendal de tu conciencia, única riqueza. Duerme, no faltarán en torno de tu asilo ni el llanto copioso de los tuyos, ni los recuerdos sinceros de la amistad, ni las frescas auras del buen concepto del mundo, que han sido siempre más duraderas y reales que los huracanes de las glorias pasajeras!

Bogotá, julio 4 de 1916.

BENEDICTO BARRASA
Convictor del Colegio

